

Hora de leer al maestro

La buena lectura es un diálogo entre el lector y el autor, ese momento precioso que uno rescata del trajín diario para atender las cosas esenciales de la vida.

Esto es posible siempre y cuando el escrito encierre un mensaje, una pregunta clave, un asedio continuo de la verdad. Mensaje, pregunta y asedio caracterizan, justamente, la obra escrita de Roberto Murillo, querido filósofo costarricense y universal, quien habita hoy una dimensión paralela de esto que llamamos existencia.

Aparte de los testimonios acerca de Roberto --y en ello tienen que ver las variables ópticas de amigos y discípulos--, nuestro hombre de Cartago supo autorretratarse fielmente en sus artículos y libros. Y lo impreso tiene la ventaja, sobre lo oral, de que no lo deforman el recuerdo ni la transmisión espontánea, permaneciendo como lo dejó el pensador.



VICTOR J.
FLURY

Por eso, creo que nos ha tocado la hora de leer al maestro, de leerlo nuevamente quiero decir, de ajustar una cita con sus páginas que, a partir del 4 de setiembre, se han vuelto definitivas. Y este hecho --el haberse vuelto definitivas-- nos ayudará, creo yo, a una mejor interpretación del sentido y alcance de su pensamiento.

Estoy relejendo *La forma y la diferencia*, uno de sus ensayos más brillantes; y veo allí, de cuerpo y alma enteros, al filósofo no dogmático que acaricia un tema --el de los posibles accesos a un saber absoluto-- para extraerle poco a poco su secreto, casi con gratitud. Un trabajo que ejemplifica el perfecto destino del pensador, a partir de intuiciones abiertas y el sólido respaldo de conocimientos previos --la alforja del caminante--, en una especie de viaje que no tiene la impaciencia de llegar, enamorándose de cada tramo del camino. Y recuerdo en seguida a un hermano espiritual de Murillo, el anglo-rioplatense Guillermo Enrique Hudson, quien confiesa que muchas veces emprendió el estudio de la metafísica, pero que siempre lo interrumpió la felicidad.

Esta felicidad respira en las palabras-pasos del filósofo: por aceras, por trillos, por las sendas perdidas de que habla Heidegger. Y

nos habla tanto de la búsqueda como del buscador, empeñado en obtener diferentes vistas de lo mismo, noticias del paisaje, huellas y marcas de otros compañeros de jornada.

Observador interesado y alerta, dotado para el solaz del tránsito, Roberto fue amojonando el espacio intelectual de sus inquietudes, mientras fijaba --una por una-- sus certezas. Nos haría bien rehacer, mediante la lectura, el itinerario que proponen sus escritos. Y redescubrir con él la encrucijada de un camino, cuyo equivalente en el plano filosófico es la "aporía"; o la Y griega divisoria de calles que, también para los filósofos, resulta una cifra típica del dualismo. Sería un modo de conversar con el guía de tamaño viaje y entrar en su peripecia ejemplar, hecha de vivencia y razonamiento, pasión y lucidez; una manera de mirar con sus mismos lentes.

Henry Miller dijo una vez: "En mi opinión, los artistas, los científicos, los filósofos, parecen muy atareados puliendo lentes. Todo ello no son más que vastos preparativos en vista de un acontecimiento que nunca se produce. Un día la lente será perfecta y ese día todos nosotros percibiremos claramente la estupefaciente, la extraordinaria belleza de este mundo..."

La frase de Miller --¿quién lo duda?-- es para Roberto Murillo. Ahora que precisamente ha muerto demasiado y sin embargo está viviendo tanto.